

Enrique Rodríguez-Araújo

Mujer Policía

y otros relatos



Edición: María García Estrada
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Enrique Rodríguez-Araújo, 2016
Primera edición: © Casa Vacía, 2016
Primera edición: © Casa Vacía, 2024

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798322836179

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

MUJER POLICÍA

a Augusto Pineda

I

Salí de la casa y bajé hacia el sur. El viento soplaba como si fuera agosto. Un sol bipolar se asomaba por entre las nubes, haciéndome dudar sobre mi decisión de ponerme dos chaquetas, pero el rocío y el viento volvían a estrellarse en mi rostro. La farsa arquitectónica del alcalde se veía bastante bien, con sus túneles circulares y sus pasos peatonales ornados con jardineras florecidas. Los edificios, contruidos hace años, cuando los arquitectos nacionales tenían buen gusto (si no eran alemanes o franceses) y todavía no se habían vendido a los nuevos ricos de la construcción, brillaban frente a los cerros opacos. Me dejé seducir por la ilusión durante algunos minutos, pero todo terminó cuando entré a la calle de las marmolerías junto al cementerio. El penetrante olor a orines y las horrendas miradas de los tipos reunidos en pequeños grupos a lo largo de la acera me obligaron a concentrarme en la dirección que buscaba. Entendí que debía moverme rápido y sin hacer contacto visual. Me fue difícil, pues el espectáculo de la decadencia siempre me ha resultado fascinante. Jóvenes

pandilleros afeando aún más la indumentaria pandillera neoyorquina, drogadictos rientes y matones de esquina, ancianos y ancianas blindados contra el caos en burbujas de tiempos mejores, travestis y prostitutas. Sobre todo ellos (y ellas), que entre el olor a mierda y la basura le regalaban al viejo barrio sus encantadoras y terribles estridencias. Tampoco con ellos (o ellas) hago contacto visual. No temo al atraco, a la puñalada, tan humanos y fáciles en estos días de consignas trasnochadas, sino a mi propio gusto por lo desviado, por la florescencia de la corrupción. Ese desplazamiento furioso de las voluptuosidades hasta las últimas consecuencias. Rostros como alas de mariposas nacidas en el Big Bang.

El tráfico se complicaba con las eternas obras públicas. Los policías, de tres a cuatro en cada esquina, fumaban y hacían chistes. De nuevo el sol, esta vez en crisis psicótica, haciendo brillar el rocío. No sé si el increíble y desnudo abdomen que me roza es de ella (o de él)... Estoy perdido. Las chapas de metal sobre las puertas me lo están diciendo. Trato de buscar un lugar, a salvo de los hinchas furibundos y los pandilleros, para hacer una llamada. No sé si reírme o asustarme cuando al fin puedo detallar las indumentarias, los penosos remedos de músicos de rap y reguetón.

Me paré junto a la vitrina, detrás de la pared. Una anciana con voz de rocas molidas preguntó por cierto antibiótico. Tenía el pelo largo y desordenado, como si acabara de revolcarse en la tierra. La boticaria, tan vieja y dura como ella, le dijo que no tenía el remedio, pero

que le ofrecía otro parecido. Entonces la mujer explicó que su enfermedad, en estado avanzado, le destruía las vías urinarias; que no podía utilizar una receta diferente. Cualquier cosa a cambio sería un vil placebo. De pronto me miró directo a los ojos. Temí que se me acercara. Imaginé su olor; su aliento de hiel hiriendo mis fosas nasales. Por fin me contestaron. La dirección estaba mal. No era en la 22 sino en la 24. Guardaba mi celular en el bolsillo cuando “Juanito Alimaña, con mucha maña”, entró a la droguería y me lanzó *esa mirada*. “Busque un letrado que dice...”, me habían dicho. “¿Usted sabe dónde es un lugar que se llama...?”, le pregunté a la boticaria. La mirada de Juanito se tornó más suave, algo cómplice. Salió de la droguería sin decir nada. “No tengo ni idea”, contestó la mujer. De repente entró un viejecillo con traje marrón y el pelo gris peinado hacia atrás. Le colgaban los belfos. “Don Roberto; usted que es de por el barrio ¿sabe dónde queda un sitio que se llama...?”. El viejo me miró sorprendido, y luego oculto el rostro como avergonzado. Evadió la pregunta de la mujer y se concentró en la vidriera. Pidió un antiácido y se marchó.

“¡Al carajo con esto!”, pensé, y salí a buscar la calle 24. De nuevo las mariposas del Big Bang impactando mis fibras. Fue como si en la calle, abonada por el excremento de los indigentes, hubieran florecido las orquídeas más brutales del Nuevo Mundo. El sol, embotado y babeante, comenzaba a rendirse. Las rosas, húmedas y profundas, parpadeaban.

Hace sesenta años este barrio era la pasarela de cultos europeos escapados del holocausto. Los teatros, en los que se presentaban vodeviles o conciertos, tenían ese algo de hermosa pesadilla que Bergman nos muestra en una de sus películas. Por eso, a pesar de las golillas, descendientes de don Gonzalo, las músicas y tertulias que tenían lugar allí hablaban de otros mundos. Era como una pequeña joya cosmopolita brillando en los extramuros de la aldea medieval, donde aún deambulaban, a la luz de la Catedral y el Congreso, los burros y los marranos. Algo de aquel brillo, o de esa poética que ronda la profecía de Bergman, vive aún en los edificios dismantelados y re-glaseados por años de estucos y pintarrajeo. El espíritu de una gran arquitectura sobrevive aún, le saca el quite a los letreros de aluminio, da saltos de gimnasta sobre las baratijas agolpadas en las misceláneas. Cada vez que puede, le brinda su poética al cuadro de orquídeas y mariposas que aquel día me miraban esperando un lance. ¿Qué habría podido hacer yo con semejantes flores en las manos?

Al fin, la calle correcta, sucia de luces. Pastiches atrevidos del vallenato me asaltan agitando sombreros de propalcote. “Siga, caballero, las niñas están bonitas. Si sólo quiere mirar, yo le gasto las dos cervezas”.

En medio de la cuadra, junto al parqueadero que antes era una casa, está el edificio que buscaba. Mi contacto sale del lugar y enciende un cigarrillo; me estrecha la mano. Se disculpa por haberme dado mal la dirección. “El otro lugar es de la misma dueña, pero es aquí donde comienza todo. Aquí y en el parqueadero”. Una rubia de mentiras, toda abocelada de oros y esmeraldas, se

detiene en el umbral para ofrendar sus monstruosidades. Mucho rímel en la bamba de *botox*, mucha base y muchos polvos cubriendo las grietas.

El hombre tira la colilla y entramos. Alas de mariposas se agitan en lo oscuro. Quiero pasar mis dedos por aquellas sedas, responder con un fajo de billetes al llamado de las perlas. Pero el motivo de mi descenso a estos lugares no es el de aliviar a la magnolia.

En el fondo del salón hay una puerta de cristal que conduce a unas escaleras. Subimos cuatro pisos. La música dejaba de herirme los oídos a medida que subíamos y nos alejábamos del mariposario. Cruzamos otra puerta de cristal y nos encontramos con lo que debió ser la oficina de la madame en tiempos pasados. Primero estaba la antesala, flanqueada a la izquierda por un enorme sofá cubierto con sábanas. Sobre el escritorio, ubicado en el extremo derecho de la habitación, había diferentes objetos como guantes de látex, tapabocas de papel, pinceles y fragmentos de libros. A un lado del escritorio, en el suelo, varios cadáveres calcinados y desfigurados de libros y discos de acetato yacían bajo dos reflectores y un flash de fotografía. La cámara Nikon de cinco mil dólares apuntaba su ojo boquiabierto sobre aquellos restos, atornillada a un trípode. Otras momias y osamentas esperaban su turno, atiborradas en cuatro cajas de cartón, en medio del espacio. Eran las reliquias que probaban la autenticidad de un extraño relato sobre las profecías halladas entre los versos de un poeta local, muerto de olvido entre montañas de novelitas de vaqueros. A las ruinas se las ha comido el hongo, el fuego.

Junto a la habitación que acabo de describir se abría otra, no mucho más grande, que habrá sido la oficina propiamente dicha, en medio de la cual vi otro escritorio, similar al anterior, cubierto de papeles y herramientas de disección. Un hombre de mediana estatura y anteojos se esfuerza en organizar nuevas osamentas y fragmentos. Algo de la extinta vida sobresale entre la carcoma. Letras, palabras, títulos mordisqueados que dan la clave para comprenderlo todo, o casi todo. Me llegan las palabras del poeta: “No toques nada. Déjalo todo en su sitio”. Y más abajo: *Para los ojos nada. Función de los ojos / trasvasar las imágenes, aprehenderlas; las fija / –para la eternidad– el químico de acordes*. El forense me miró tras los reflejos de sus lentes; me tendió la mano. Una docena de cadáveres yacía en fila india frente a los entrepaños empotrados bajo la ventana. Hice un gran esfuerzo para captar algún sentido en la frágil colección de ruinas, pero fue inútil. Sigfrido y Crimilda han callado para siempre, aunque deambulan, como niños locos, chamuscados y diminutos, entre las ranuras del vinilo.

Desde el balcón sería posible ver la casa. Su grandiosidad radica en el hecho de no estar. De haber cedido su oquedad a un parqueadero de maridos infieles. “¿A quién le importa?”, me pregunté, viendo al fotógrafo tratando de robarle el aura a la pila de escombros.

Sin embargo, el relato que gira en torno al hallazgo tiene su brillo. Está lleno de divertidas casualidades.

Me llama la atención el culebrero intertexto que se ha tejido entre copa y copa. La batalla de Roncesvalles no es tan gloriosa si se le describe sumariamente. Siempre son mejores los abismos rocosos, los tajos sangrientos de Durandal. Por eso, para contar esta historia, entre ladrones y peste a orines, “hay que estar siempre ebrio”. No sé si “de vino o de virtud”, pero el acceso a las interzonas del mundo requiere de cierto arrojo, de cierto menjunje propiciatorio. Doscientos años atrás habría bastado con morder una trenza negra para oler los perfumes de Oriente. Pero hoy, los laberintos apestan a humo de bus, y las libaciones de cadmio solo causan enfisema.

Por eso me harté, y decidí largarme. “Voy al baño”, dije, y caminé directo hacia la puerta.

Aún podía salir de la zona a pie sin sufrir heridas. Sin embargo, lo pensé un poco. La calle estaba llena de una flora estridente revuelta con todo tipo de alimañas desastrosas. Margaritas y petunias desbordaban el umbral de los garitos y variedades de orquídeas avanzaban por las aceras sobre ramajes grises. Una chica de unos treinta años, que debería estar en la carátula de un disco de Patty Smith y no en medio de semejante jardín ajado, se me acercó con una revista en la mano. La puso a la altura de mi pecho y me miró directo a los ojos. El nombre (Xk-Uno) estaba escrito en letras grandes y rojas sobre un fondo gris y negro. Los titulares venían en letras blancas y pequeñas. “Mujer Policía: las putas también somos poetas”. La chica sobre el titular vestía unos calzones

de cuero muy ceñidos, una camiseta plateada con un escudo de la policía, y un quepis negro que le cubría los ojos. Entre sus labios rojos y carnosos, una pipa tallada con la cara de Walt Whitman. Quise interrogarla, pero cuando alcé la mirada ya no estaba por ninguna parte. Me quedé con la revista entre las manos:

“Mujer Policía: las putas también somos poetas”:

¿A qué macho heteropatriarcal se le ocurriría pensar que entre las putas pudiera haber poetas? ¿Acaso no son ellas para su hierático deleite y nada más? Está bien que *los* poetas y demás artistas, entre oficinistas y traquetos, descendan a los bajos de la city para aliviar sus furias. El estrés resulta cosa dura en estos gremios, que requieren tensión de fibras o nervios de acero. Hasta para soportar a un jefe, empleadito público con cubículo propio, se necesita coraje. Así que las prostitutas, y no la esposa e hijos, están allí para estos abnegados, que requieren afirmar su hombría cada jueves o viernes. Pero sí, resulta que entre las putas también las hay que son poetas, (o poetisas), como para no ofender a nadie.

La chica en cuestión se hace llamar Mujer Policía, porque su maestría consiste en poner a raya a los ciudadanos. Desfila por el salón con lentitud, mirando por encima del hombro, con sus esposas en la mano. La glock 45 de utilería baila sobre su cadera en una

cartuchera de charol que ella misma confeccionó. Tuerce los labios rojos en gesto de desaprobación. No le gustan los chiquitines ni los calvos con maletín de cuero. Los prefiere recios y ordinarios, porque son los que más chillan. Le gusta que se pongan groseros al primer azote, porque ella los sabe domar, y entonces solo ruegan; *chillan como puercos, y entonces les doy más duro. Apenas sienten el mango de la fusta cierran el culo; se atiesan, y es delicioso acariciar el pecho y el abdomen tensionados. Tiemblan... sudan...* Me alegro de no ser hombre cuando escucho sus palabras. De vez en cuando detiene el relato y se muerde los labios. Recuerda a sus víctimas y me lanza miradas de complicidad. *A veces se ponen muy guapos y toca privarlos. Después la gorda Dido se encarga de sacarlos por la retaguardia.*

“¿Y cómo es eso de que eres poetisa?”, le pregunto durante un intersticio. Parece no gustarle el cambio de tema, pero le brillan los ojos. Recuesta su espalda en el sofá de terciopelo fucsia y lee en el aire: *bonito el tamarisco en el jardín había sido / con agua del río bebiendo. / Pero en dando su miel a la necia Istar / secó sus ramas la diosa Eresh-kigal.* Mujer Policía se acomoda el quepis brillante sobre la frente y me mira triunfal, orgullosa. “¿Cómo la ve?” “Está muy bonito”, le digo sinceramente. No ha terminado de preguntarme si me molesta que se huela un pase

cuando ya se encuentra picando la roca con una cuchilla. Le digo que no, que proceda. Estira el labio superior sobre los dientes y agita la cabeza. Le lloran los ojos. Me ofrece un poco, y yo, ni corta ni perezosa... Ahora las dos estiramos los labios y lloriqueamos. El entremés da ocasión a un receso. La Mujer Policía pide media de guaro y dos copas...

Roto el hielo y confesadas algunas picardías, retomo la entrevista. Me cuesta un poco. No quiero que se pierda el aire camarada, el tono de relajo. Le pico la lengua ensayando un verso torpe del Maestro. Como **“no-lo-logro”** ella me corrige, ceremonial: *Y vagan por las alcobas / de su sueño, / y van ya alegres, ora tristes, / mas sin dueño...! / Y fuman sus pipas / de ágiles / humos; y en tazas / frágiles / el zumo beben del moka / sumo / ¡mas no por eso desdeñan / el zumo / del alegre hermano vino!*

Pasan unas horas y no me entero. Solo sé que en algún momento somos La Policía y yo, abrazadas y ondulantes, cantando versos. Recuerdo eso y las carcajadas que me ahogan. Erramos los versos; algo sobre el mar y la mujer, algo sobre la muerte y la luna. Me arde un poco la nariz cuando, no sé cómo, terminamos desparramadas en un salón lleno de almohadones y tapices. La Policiaca me mira como interrogándome, dudosa. Yo le digo que sí, que claro. Que mañana será el medio día,

todo duro, y que al véspero fantasmas que fastidian por un rato. Se sonríe la condenada, y a un chasquido de sus dedos aparecen los jayanes, todos engrasados. Nos pasan velos para el rostro, por si acaso. Mientras me pongo el mío noto que ya no llevo jeans y chaqueta sino un diminuto calzón de cuero. Mis tetas se apachurran bajo un sostén sin cordeles. Se me pasa el susto cuando La Doña Agente me alcanza el látigo y las esposas. Los jayanes se espabilan; gimotean. A algunos se les para...

Siento la boca amarga. Me duele el brazo izquierdo. A mi lado ronca la poetisa, toda generala, medio encuera. Me levanto con esfuerzo y miro alrededor. Una decena de hombres desnudos y amarrados yace entre los almohadones y los tapices. Comienzo a recordar... Muchos azotes, muchas carcajadas. Mi pequeña concha, intacta. Me sorprende la voz de la matriarca, armada de glock nueve milímetros, esta vez de verdad. Se alza en medio del salón, sobre un obelisco de tríplex. *Y ya al amanecer, del vagabundo /se despierta en su ser la delirante / ansia de caminar; y alto y profundo / exhibe a la ciudad su claudicante / figura de bohemio trashumante / y se da a andar, Gaspar el Errabundo.*

El único texto en la revista era la crónica sobre La Mujer Policía. No figuraba el nombre de la autora y tampoco

había referencias sobre los editores. Traté de averiguar algo en un par de tiendas de revistas, pero nadie tenía idea. Supe que tendría que volver a los burdeles. Algo me decía que no le preguntara nada a los tipos que habían encontrado los restos calcinados, así que llamé a un amigo de la infancia con el cual no hablaba desde hacía mucho tiempo, y que sabía bastante del lenocinio.

Nos pusimos cita en una tienda de barrio. Alcancé a comerme dos empanadas antes de que llegara. Me saludó con una sonrisa incrédula. No había cambiado mucho desde la última vez. El pelo corto como el de un soldado, saco de lana café oscuro y chaqueta gris de dril.” Bueno, y cómo es la vaina; por qué se quiere ir de putas”. Le dije que andaba tras la pista de una chica a la que llamaban Mujer Policía. Que había buscado por todas partes pero que nadie me había sabido dar señas. “Ja; pues putas con disfraz de policía es lo que hay”. Sin embargo, cambió su actitud burlona cuando le mostré la portada de la revista. Miró la foto con el ceño fruncido y torció la boca.”Hum. Ya sé quién es esta”. Me devolvió la revista despectivamente. “Qué; ¿anda muy degenerado?, ¿le gusta que le casquen?” dijo, con aire burlón. Le dije de qué se trataba y se puso a la defensiva. “Pues si así es la cosa podemos hablar con la hermana. A esa sí me la tiro yo... Y que ella lo contacte con la nena”.

Me sorprendió saber que el lugar donde la Mujer Policía nos confirmó el encuentro no quedaba en la zona de tolerancia sino en un barrio viejo de la ciudad declarado patrimonio arquitectónico. La dirección nos

llevó a una enorme casa estilo inglés rodeada por un gran jardín y aislada de la calle por un muro de ladrillo. Las copas de tres o cuatro árboles centenarios le hacían sombra a los ventanales de los flancos y al extremo izquierdo de la cara frontal de la casa. Se trataba de un jardín bien cuidado, poblado aquí y allá por grupos de hortensias y papiros. Las hojas secas de los árboles sobre la grama verde y la sombra general del follaje hacían el cuadro tan acogedor que me entró como una nostalgia de no sé qué.

Nos recibió la hermana, que le dio a mi amigo un gran abrazo de camaradas. Luego coquetearon un poco, el hombre le dio un par de nalgadas, y luego me la presentó. “Compadre, esta es Lady Verónica; la flor de mis divorcios”. Lady Verónica me estampó un sonoro beso de rímel rosado junto a la comisura izquierda de la boca, y luego me dio una rápida caricia en el brazo. “Bueno, bueno; esta flor la deshojo yo”, dijo mi amigo y se la llevó escaleras arriba entre forcejeos y carcajadas. “Mi Auri ya baja”, alcanzó a decir la Lady antes de desaparecer.

Avancé por el hall de recibo hasta la sala decorada con muebles del siglo XVIII y gobelinos de escenas pastoriles. Sobre la mesa de centro, cuyo lacado comenzaba a resquebrajarse y a formar bordes escamosos, se alzaba una Venus de porcelana con ribetes dorados, flanqueada por dos ceniceros de cristal azul. Tales objetos estaban sobre pequeñas carpetas bordadas con hilo de plata.

Los relieves de flores y espigas me hicieron pensar que las habían recortado de un objeto más grande, tal vez una casulla de cura rico, como las que se exhiben en el Museo Colonial. El velo del ventanal cribaba la luz del sol en pálidos rayos escarchados de partículas de polvo. De nuevo, esa nostalgia de no sé qué, esas ganas de un sueño largo y tendido.

Sobre un atril de nogal, junto al sofá azul rey con marco dorado, había un libro abierto: *“No es harto mejor la serena / vida interior, / en el silencio, / en el preñado / silencio, / concitando las fuerzas ocultas? / No es el Verso una música de arpas, / música de cristales, / surtidor vidrioso?”*.

El ruido de los pasos y el crujir de la madera en la escalera me sobresaltaron. Caminé hacia el umbral de la sala y contemplé la escena. Me la había imaginado más robusta y vieja. Claro; no iba a recibirme en calzones de cuero y ombliguera en su propia casa. Lo más lógico era que apareciera con un pantalón de paño gris con raya tiza, tirantes vino tinto, camisa blanca con mancuernillas doradas y el pelo hacia atrás como las chicas en los videos de Robert Palmer. Llevaba un cigarrillo sobre la oreja izquierda. En el bolsillo de la camisa se veía la punta de una pitillera negra. Me cautivó su frente amplia y redonda.

—Siga, por favor —dijo, y extendió la mano hacia la sala. Me sentí como interpelado por un notario, o por el secretario privado de algún general. Al tenerla cerca noté que su ropa era vieja y desgastada, pero eso no le restaba elegancia. Más bien le otorgaba cierto aire ancestral.

ÍNDICE

MUJER POLICÍA / 7

LA PLAYA / 73

JENNY ANDREA SUÁREZ (VIERNES 8:00 AM) / 83

AL OTRO LADO DE LA ALACENA / 99

GIRO / 109

VERÓNICA / 131

